
LUGARESI, Leonardo, *Il teatro di Dio. Il problema degli spettacoli nel cristianesimo antico (II-IV secolo)*, ed. Morcelliana, Brescia, 2008, 895 p., ISBN: 978-88-372-2257-4.

La relación del cristianismo con los espectáculos de la tradición romano-pagana, y muy especialmente las críticas que los Padres de la Iglesia dirigieron a todo tipo de manifestación lúdica, constituye un tema complejo y lleno de interés que desde hace unos cuarenta años ha generado la publicación de importantes monografías consagradas a este sujeto. Sin duda, un momento de inflexión fue la aparición, en 1972, del célebre libro de Werner Weismann, *Kirche und Schauspiele. Die Schauspiele im Urteil der lateinischen Kirchenväter unter besonderer Berücksichtigung vom Augustin*. Posteriormente han visto la luz nuevos trabajos dedicados a examinar esta cuestión.

A todos éstos debemos añadir ahora la publicación de *Il teatro di Dio. Il problema degli spettacoli nel cristianesimo antico (II-IV secolo)*, escrito por Leonardo Lugaresi. El autor es profesor del Departamento de Filología Clásica y Medieval de la Universidad de Bolonia y un gran conocedor de la problemática que gravita sobre este complejo y poliédrico tema. El libro, por tanto, es el resultado de un largo recorrido de investigación, como se observa en los numerosos artículos que el autor ha consagrado a esta cuestión, así como de su tesis doctoral: *Vanitas ludis omnis. Il problema degli spettacoli nel cristianesimo antico (II-V secolo)*, defendida en junio de 2006 en la Universidad de Bolonia.

Cuando abrimos *Il teatro di Dio* nos hallamos ante un magnífico libro cuyo objetivo principal es plantear nuevas perspectivas de investigación en el estudio de la relación de los espectáculos con el cristianismo antiguo. Es bien sabido que la Iglesia siempre rechazó de un modo absoluto y sin paliativos toda manifestación lúdica. Mientras que los Padres pudieron contemplar algún aspecto positivo en otros componentes de la cultura pagana —como, por ejemplo, la literatura—, no sucedió lo mismo con los juegos; jamás vieron en ellos nada aceptable, por lo que siempre exigieron a sus feligreses que se abstuvieran de frecuentarlos.

Ahora bien, la principal innovación aportada por Lugaresi radica precisamente en el estudio de las razones que los eclesiásticos esgrimieron para condenar de una manera tan radical todo tipo de expresión lúdica. El propio Tertuliano, al inicio de su *De spectaculis* (1, 1) expone los tres motivos que tenían los cristianos para huir de los espectáculos romanos: *a)* éstos eran incompatibles con el *status fidei* en tanto en cuanto suponían una manifestación de idolatría; *b)* se oponían a la *ratio ueritatis*, ya que eran una representación ficticia contraria a la Creación, y *c)* iban en contra del *praescriptum disciplinae*, por su contenido inmoral.

Los investigadores actuales, como señala Lugaresi, se han centrado sobre todo en el primer y tercer motivo, por lo que la explicación tradicional de la condena eclesiástica de los espectáculos descansa sobre los argumentos de la idolatría y la inmoralidad. Por tanto, dejan de lado el segundo motivo, el referido a la *ratio ueritatis*; es decir, la relación entre realidad y ficción, que en el lenguaje cristiano deviene en relación entre *ueritas* y *uanitas*.

Es este punto, olvidado por la historiografía tradicional, el fundamental para Lugaresi, aunque en nuestra opinión, como expondremos más adelante, tal vez lo haya sobrevalorado.

En el discurso del autor, la crítica de los Padres a los espectáculos se convierte en un fenómeno muy complejo y que no puede reducirse de una manera exclusiva a una mera cuestión de idolatría e inmoralidad. Para lograr sus objetivos, Lugaresi divide su libro en siete capítulos que se articulan en dos grandes bloques. En el primer bloque (capítulos 1-2), expone las principales tipologías de espectáculos en época tardoantigua, así como las críticas que éstos recibieron de los intelectuales paganos, junto al uso de metáforas lúdicas, incluso por parte de aquellos que los criticaban.

Con el capítulo 3, Lugaresi se adentra propiamente en la temática cristiana. En él, se pregunta sobre el significado de la aparición relativamente tardía del discurso cristiano sobre los espectáculos —en la segunda mitad del siglo II—; asimismo, trata del tema de la ausencia de una condena escriturística de los juegos como un problema para los cristianos. El capítulo 4 está dedicado a Tertuliano y a la fundación del discurso cristiano antilúdico, así como a la herencia tertuliana en autores posteriores hasta inicios del siglo IV —como Novaciano, Cipriano, Arnobio y Lactancio—. El estudio de los autores orientales, llevado a cabo en el capítulo 5, y la comparación de su discurso con el de los autores de la mitad occidental del Imperio muestran que, a pesar de las diferencias individuales y de ámbito cultural, los autores cristianos concuerdan sustancialmente en sus críticas a los espectáculos y siguen la tradición creada por Tertuliano. Los dos últimos capítulos están dedicados al análisis del discurso antilúdico de Agustín y de Juan Crisóstomo, respectivamente.

Las conclusiones del estudio de Lugaresi son significativas. En primer lugar, recuerda que el concepto de espectáculo resulta problemático y complejo, incluso en la cultura pagana, donde hallamos una especie de malestar entre ciertos individuos respecto a algunos espectáculos, aunque dicho malestar jamás generó su rechazo radical, a diferencia de lo que sucedió en el ámbito cristiano. La hostilidad cristiana a los juegos fue más drástica que la expresada por los paganos; su intransigencia era total y superaba cualquier otro tipo de relación entre cristianismo y cultura pagana. El rechazo cristiano de los espectáculos alcanzaba todas sus formas y no contemplaba la creación de espectáculos cristianos alternativos, salvo en el plano metafórico. Por otro lado, Lugaresi subraya que el discurso cristiano sobre los juegos no es de carácter apologético y de autorreferencia —es decir, como refuerzo de la propia identidad—, sino que tiene una finalidad práctica y, aunque en el mundo tardoantiguo obtuvo efectos mediocres, a largo plazo produjo cambios duraderos en la conciencia cristiana, sobre todo en la sociedad medieval y en la moderna.

Como ya hemos dicho, Lugaresi otorga una gran relevancia a la *uanitas ludorum*; es decir, a la relación entre *ueritas* y *uanitas*, que llevó a los Padres de la Iglesia a condenar los espectáculos porque ofrecían una representación ficticia que contrastaba con la realidad de la Creación. Asimismo, Lugaresi destaca la responsabilidad de la mirada: el cristianismo crea la responsabilidad del espectador, por lo que deroga su «inocencia institucional» y niega al espacio lúdico la categoría de mundo aparte exento del principio de responsa-

bilidad —anteriormente recaía la culpa de los excesos del espectáculo en el actor (considerado *infame*)—. Junto a la mirada del espectador de los juegos, Lugaresi también destaca otra que aparece en los escritos patrísticos, la de Dios, un espectador de las acciones del hombre.

Por otra parte, Lugaresi señala que los autores cristianos realizaron un discurso que también era moral y político: promovían un estilo de vida urbano diferente del tradicional, de tipo cristiano, pero que no era necesariamente monástico —dado que éste propugnaba el abandono de la ciudad por el desierto—. Uno de los rasgos distintivos de este nuevo modelo de vida residía precisamente en el rechazo de los espectáculos. Relacionada también con este punto, se halla la reformulación del evergetismo cívico y su conversión en el sistema eclesiástico de limosnas.

Finalmente, Lugaresi recuerda que en ningún momento la Iglesia aceptó la posibilidad de una sustitución cristiana de los espectáculos paganos. Según el autor, los Padres jamás admitieron que la liturgia se constituyera como una de estas alternativas. Al contrario, debía ser salvaguardada de todo tipo de contaminación lúdica, por lo que iglesia y teatro devenían lugares del todo incompatibles. Curiosamente, los mismos escritores que condenaban los juegos usaron en sus obras metáforas tomadas del lenguaje de los espectáculos, una costumbre que observamos también en los autores paganos críticos con estas manifestaciones lúdicas.

El libro cuenta con abundantes notas al pie, que sirven no sólo para citar a autores clásicos y bibliografía moderna, sino también para descargar el texto corrido, al incluir en ellas abundantes e interesantes digresiones que ponen de manifiesto la rica erudición del autor. Al final del volumen se ha incluido un índice de autores antiguos y medievales (pp. 873-876), así como de autores modernos (pp. 876-886) y de citas bíblicas (pp. 887-889), lo cual resulta una eficaz herramienta de trabajo. La bibliografía (pp. 823-872) es amplia y exhaustiva, y, aunque resulta evidente que siempre habrá quien eche en falta la mención de una obra en concreto, en ella se recogen las monografías y artículos más relevantes relacionados con su tema de estudio.

Por nuestra parte, el principal punto de desacuerdo con las hipótesis de Lugaresi radica, precisamente, en la mayor importancia otorgada por él a la *uanitas ludorum*. Aunque reconocemos que posee una gran relevancia, no creemos que fuera el argumento fundamental de los Padres en su lucha contra los espectáculos y que se convirtiera en el eje de los otros dos —la idolatría y la inmoralidad— tal como sostiene el autor. Este tipo de argumentación, al igual que el uso de las metáforas lúdicas, era el fruto de la formación intelectual de los escritores eclesiásticos que trataron este tema. Sin embargo, la *uanitas ludorum* constituye una crítica que, en nuestra opinión, nada tiene que ver con la esencia del cristianismo. Aquello que más preocupaba a los Padres de la Iglesia, y a lo que más espacio dedicaron en sus tratados sobre los juegos, era la idolatría; los pecados morales también tenían gran importancia, así como que los espectáculos ofrecieran una imagen vana y ficticia que nada tenía que ver con la realidad de la Creación. Pero lo que más obsesionaba a los eclesiásticos, insistimos, era la idolatría, el peor de los pecados, aquel que infrin-

gía el primer mandamiento —*idolatria, ut iam dixi, ludorum omnium mater est*, afirmó Novaciano (*De spect.*, 4, 4)—, de tal modo que los cristianos que frecuentaban los espectáculos honraban con su presencia a los dioses del paganismo e incurrían de este modo en el peor de los delitos.

No obstante, las observaciones que acabamos de realizar no suponen en modo alguno un descrédito del trabajo de Lugaresi, bien al contrario, consideramos que nos hallamos ante una obra bien construida, novedosa y de obligada referencia para todos aquellos que estudien la relación del cristianismo antiguo con los espectáculos.

Juan Antonio Jiménez Sánchez

FERNÁNDEZ CONDE, Francisco Javier, *Prisciliano y el priscilianismo. Historiografía y realidad*, Ediciones Trea, Gijón, 2007, 111 p., ISSN: 1698-4374.

La actual postura oficial de la Iglesia católica y su confrontación interna con algunos de sus miembros que recuerdan con nostalgia las actitudes más dialogantes que emanaron del Concilio Vaticano II (1965) sirven de marco a J. Fernández Conde, prestigioso historiador de la Iglesia y miembro suyo comprometido, para realizar un nuevo estudio sobre el movimiento priscilianista e intentar conocer el momento presente a partir del estudio del pasado. Su propósito ha sido atrevido en un momento en que el nuevo nacionalismo gallego ha puesto de moda el tema, después de que fuera revitalizado y dignificado por la corriente historiográfica influida por el pensamiento luterano que vio en el priscilianismo una de las primeras reacciones a la Iglesia jerarquizada y jurídica que tomó cuerpo a finales del siglo iv, cuando estaba olvidando su anterior situación de clandestinidad, urdía su organización, elaboraba su doctrina y se aseguraba una nueva posición, con unas leyes civiles que consolidarían su estatus de privilegio.

Se trata de un trabajo meticuloso, rasgo al que nos tiene acostumbrado su autor, con una redacción cuidadosamente pensada y medida hasta el punto de condensar, en poco más de cien páginas, su postura sobre la abundante literatura existente; de dar un repaso exhaustivo a todas las fuentes; de explicar claramente la trayectoria del movimiento y de plantear cuál pudo ser el trasfondo social del priscilianismo a partir de los textos efectivamente atribuidos a su fundador y a sus seguidores y los que escribieron sus detractores, en particular los del siglo v, que, según sospecha Fernández Conde, pudieron llegar a plantear formulaciones abstractas y exageradas, próximas al maniqueísmo y al gnosticismo, que se alejaban de los planteamientos iniciales de Prisciliano. No es la primera vez que ocurre algo así en la historia de la teología y Fernández Conde puede afirmarlo con autoridad para el período de la Edad Media.